**Guía 1 de junio: Argumentos metafísicos en el sentido religioso y científico.**

Nombre del alumno: Curso: Fecha:

Instrucciones: Los estudiantes se reúnen en grupos de 4 o 5 integrantes para analizar uno de los textos que está presente en esta guía. Los alumnos deben identificar los argumentos y la visión que tiene la religión y la ciencia, sobre la metafísica.

En la segunda parte de la clase, los estudiantes deberán discutir sobre las visiones que entregan estas ramas sobre la metafísica y como toman argumentos de ella, para fundamentar su visión. Se creara un pequeño debate entre estudiantes, guiado por el docente para ver las posturas que el estudiantado toma.

**Texto 1: ‘Como son la teorías metafísicas’, escrito sobre Popper y metafísica de Antonio Pereira**

Como ya hemos dicho, las teorías metafísicas son producto del arte humano (o como decían los griegos, de la poiésis y de la techné). Para Popper existen, pues forman parte del “mundo 3”, los tres mundos de Popper manifiestan su cosmología, es el conjunto de toda la realidad.
El análisis de las teorías y el análisis de su validez, ambas cosas son tarea de la lógica del conocimiento, no de la psicología del conocimiento. La epistemología específicamente es la lógica del conocimiento científico. Este análisis del conocimiento o de las teorías demostró tres clases de teorías:

(1) Teorías lógicas y matemáticas,
(2) Teorías empíricas y científicas y
(3) Teorías filosóficas o metafísicas.

La peculiaridad de las teorías lógicas o metafísicas, a diferencia de las empíricas y científicas, es que no pueden ser falsables, y por lo tanto, son irrefutables. En cuanto a la refutabilidad, Popper nos dice: “Pues, habitualmente ‘irrefutabilidad’ se usa en los dos sentidos siguientes. El primero en un sentido puramente lógico, es decir, podemos usar la palabra ‘irrefutable’ para significar lo mismo que ‘irrefutabilidad por medios puramente lógicos’, pero este significado es el mismo que el de ‘consistente’. Ahora bien, es totalmente obvio que no se puede inferir la verdad de una teoría de su consistencia. El segundo sentido de ‘irrefutable’ se refiere a las refutaciones que no solamente utilizan suposiciones lógicas (o analíticas), sino también empíricas (o sintéticas); en otras palabras, admite refutaciones empíricas.”
La controversia entre ciencia y metafísica se basa en la irrefutabilidad empírica. Una teoría filosófica o metafísica no pueden ser refutables empíricamente, porque sus enunciados son del tipo puramente existenciales en rigor. “Un enunciado existencial estricto o puro se aplica a todo el universo y es irrefutable simplemente porque no puede haber método alguno por el cual se lo pueda refutar.”
Ejemplo de un enunciado estricto irrefutable: “Existe una perla que es diez veces más grande que la perla que le sigue en tamaño”. No hay manera de comprobar este enunciado.
Ejemplo de un enunciado restringido refutable: “En este momento y en esta caja existen al menos dos perlas”. Es susceptible de comprobación.
Las teorías filosóficas o metafísicas son irrefutables, es decir, no pueden ser verdaderas ni falsas, porque sus proposiciones se reducen en última instancia a enunciados existenciales estrictos o puros. Por ejemplo, la proposición de Kant sobre el determinismo es ésta:
“El futuro del mundo empírico (o del mundo fenoménico) está completamente determinado por su estado presente, hasta en sus menores detalles”. Esta proposición significa lo mismo que esta otra:
“Existe una descripción verdadera del estado presente de este hombre que bastaría (junto con leyes naturales verdaderas) para predecir sus futuras acciones”.
Al no tener una ubicación espacio-temporal por la cual nosotros podemos corroborar la proposición, esta teoría no es científica, pero sí metafísica.
En conclusión, las teorías metafísicas tienen la peculiaridad de tener enunciados existenciales estrictos, imposibles de ser falsados.

**Texto 2: ‘El concepto de metafísica en Kant’, de Mari Moreno Mozo**

Kant parte de una premisa: La metafísica nunca podrá alcanzar las condiciones y exigencias del conocimiento, por la sencilla razón de que pretende ser un conocimiento totalmente a priori, ajeno a la experiencia.
¿Es posible la metafísica? ¿En qué medida puede ésta ampliar el conocimiento y ofrecernos verdades indiscutibles? Sus contenidos no son transcendentales ya que este tipo de conocimiento consiste en la aplicación de las condiciones a priori a lo que le viene dado del mundo exterior o la experiencia. El saber metafísico es transcendente porque pretende lograr y ocuparse de ideas absolutas o incondicionales que se hallan más allá de la experiencia. Sus principios no derivan de asuntos ontológicos sino de principios morales. Los temas de los que se ocupa –Dios, inmortalidad, libertad- son extrapolaciones, que no derivan de la experiencia. Es erróneo creer que todo lo concebible no sólo es posible sino verdaderamente real y existente. Ahí entramos en el terreno de las ideas y no trabajamos con realidades.
La metafísica no cumple las reglas del conocimiento; es transcendente pero no transcendental, por lo tanto debemos situarla en otro campo, en el campo de la orientación moral de los hombres, en el fundamento de su vida ética, garantizándole de este modo un a priori moral, que se adscriba a las leyes universales y necesarias del conocimiento humano.
A Kant le hubiera gustado (dado su pensamiento ilustrado), dotar a la metafísica de un carisma científico; no puede hacerlo, pero eso no significa que los ideales humanos no puedan fundamentarse. El autor disculpa a los metafísicos, al fin al cabo el ser humano siempre ha pretendido buscar la razón absoluta de las cosas. La metafísica pasaría al territorio de la ética, aunque siempre teniendo en cuenda que sus postulados no pueden establecer verdades.
Así el autor trataría de los conceptos metafísicos en la Crítica de la razón práctica. Comienza recordando que la filosofía tradicional creía que Dios, el alma y el mundo, debían acometerse pues el ser humano tiende a la perfección y para ello debe dar respuesta a todas las preguntas. No obstante en esta especulación se confundió lo que sólo es aspiración inalcanzable (ideales) con la realidad. Eso no significa –insiste- que no tenga validez o utilidad (pese a que ésta no sea científica), pues deben ser principios orientadores del saber y de la vida del hombre. Las ideas tienen por tanto un uso regulador y será el ser humano quién deberá actuar como si fuera capaz de alcanzar dichos ideales.

**Texto 3: ‘La visión moderna del silencia-de-Dios’, de Javier Monserrat**

La cultura moderna, por tanto, en el tiempo de la modernidad crítica, a lo largo de los dos últimos tercios del siglo XX, ha propiciado el tránsito desde la modernidad dogmática a la modernidad crítica. Esta, como consecuencia de los resultados de la ciencia y de la reflexión filosófica sobre ellos, ha hecho posible la nueva imagen del universo que lleva a lo que hoy podemos llamar un “teísmo crítico” (que admitiría que, por la razón natural, Dios podría no existir) y a un “ateísmo crítico” (que admitiría que, por la razón natural, Dios podría existir).
El hombre, pues, se hallaría abierto al enigma del universo y a la incertidumbre metafísica última. Si, en definitiva, el posible Dios en efecto existiera sería un Dios que habría establecido en el mundo su silencio radical. Así sería puesto que la estructura del universo haría posible concebir que Dios pudiera no existir.
Aquí, en este artículo, hemos considerado la razón metafísica que la filosofía despliega a partir de los datos de la ciencia. Es el fundamento de la vivencia moderna del silencio-de-Dios que es, ante todo un silencio ante el conocimiento humano. Dios, en caso de existir, ha creado un universo en que es posible concebir que no existiera. Es el silencio divino ante el conocimiento humano que queda instalado naturalmente ante el enigma del universo y la incertidumbre metafísica.
Si este silencio ante el conocimiento no fuera real (y Dios, en alguna manera, fuera cognoscible por la razón natural con seguridad), entonces ya no habría silencio de Dios en sentido radical, ya que el hombre no podría negar que Dios es real y existente. En todo caso el hombre podría quedar abierto al desconcierto de la acción de Dios en el mundo, a su ocultamiento inmediato y al desamparo de la existencia humana. Pero nunca se podría poner en duda la existencia real de Dios. Así ha sido durante siglos en el teísmo.

**Texto 4: ‘Metafísica: La teoría de la esencia y la existencia’**

La metafísica aristotélica conduce a una interpretación del mundo difícilmente conciliable con el cristianismo: el mundo es eterno y está compuesto de una multiplicidad de sustancias que, en cuanto tales, tienen la misma entidad. ¿Cómo conciliar la eternidad del mundo con la creación? ¿Cómo conciliar la identificación del ser con la sustancia con la afirmación de que hay una sustancia suprema, y radicalmente distinta de todas las demás? La distinción que ya había establecido Avicena entre la esencia y la existencia será la respuesta que buscará santo Tomás: además de las estructuras anteriormente citadas, y basada especialmente en la teoría del acto y la potencia, habrá que distinguir en cada sustancia la esencia de la existencia. La esencia está respecto a la existencia como la potencia respecto del acto. Lo que una cosa es, su esencia, puede ser comprendido independientemente de que esa cosa exista o no; e independientemente de su existencia o no, la esencia se mantiene inalterable siendo lo que es.

Por ejemplo, comprendemos lo que es un hombre independientemente de que existan o no hombres, y lo mismo con cualquier otra sustancia. La esencia sería, pues, una cierta forma de ser en potencia: para existir tendría que ser actualizada por otra entidad que le diese la existencia, ya que nada puede ser causa de su propia existencia. Por lo tanto, todas las cosas que existen son un compuesto de esencia y existencia. En ese sentido son contingentes, es decir no tienen en sí mismas la necesidad de existir, pueden existir o no existir. ¿De dónde les viene, pues, la existencia? Ha de proceder de otras sustancia que exista eminentemente, es decir, de una sustancia cuya esencia consista en existir y sea, por lo tanto, un ser necesario: Dios. Se establece así una distinción o jerarquía entre los seres: los contingentes, los que recibe su existencia; y el ser necesario, aquel en que la esencia y la existencia se identifican.

Todo aquello que no está incluido en el "concepto" de una esencia debe llegarle del exterior y adaptarse a ella, ya que una esencia no puede ser concebida sin sus partes esenciales. Por tanto, toda esencia o "quiddidad" puede ser captada por la razón sin que la existencia lo sea igualmente. Yo puedo comprender lo que es un hombre o un fénix e ignorar si uno u otro existen en la naturaleza de las cosas. Está claro que la existencia es algo muy distinto de la esencia. [...] Luego todo lo que conviene a una cosa, o se deriva de los principios de su naturaleza (como la capacidad de reír en el hombre), o bien proviene de un principio extrínseco, como la luminosidad de la atmósfera depende del sol. Es imposible que la existencia de una cosa proceda de su naturaleza o de su forma, es decir, proceda a título de causa eficiente. En ese caso, una cosa se convertiría en su propia causa, se produciría a sí misma, lo cual es imposible. Es necesario que toda realidad, en la que la existencia es distinta de la esencia, haya recibido de otro esta existencia."("De ente et essentia, c.5)

La concepción de la esencia se modifica con respecto a la concepción aristotélica: para Aristóteles la esencia venía representada exclusivamente por la forma; para Sto. Tomás la esencia de los seres contingentes comprende también la materia, y la esencia de los seres espirituales se identifica exclusivamente con la forma, ya que carecen de materia. Se establece pues una separación radical entre Dios y el mundo, haciendo del mundo una realidad contingente, es decir, no necesaria, y que debe su existencia a Dios, único ser necesario. Por lo demás, en la medida en que la existencia representa el acto de ser se establece una primacía de ésta sobre la esencia. Esta identificación del ser con la existencia le permitirá a Sto. Tomás hablar de seres constituidos por formas puras, como los ángeles y Dios, distinguiéndose en que los ángeles reciben también la existencia de Dios. Le es posible, entonces, admitir sustancias inmateriales, lo que desde una posición estrictamente aristotélica resultaría difícilmente sostenible.

Los elementos platónicos de la metafísica tomista

La distinción entre la esencia y la existencia podría bastar para dar una explicación jerárquica de la realidad, partiendo de Dios como ser necesario. Sin embargo santo Tomás recurre a la teoría neoplatónica de los grados del ser, estableciendo una jerarquía que va de los seres inanimados a Dios, pasando por los seres vegetativos, los sensitivos y los racionales, en el mundo material, y por los ángeles en las esferas celestes.

Recurre también a las teorías platónicas de la participación y la causalidad ejemplar: los seres contingentes reciben la existencia de Dios, por lo que su existencia participa de alguna manera de la existencia de Dios, el único ser necesario, lo que conduce a Sto. Tomás a similares dificultades a las que la teoría de la participación había conducido a Platón, aunque ahora en un plano más estrictamente teológico.

La consideración de Dios como causa ejemplar, teorizada por San Agustín, según la cual las Ideas de todas las cosas están en la mente de Dios, es parcialmente aceptada por santo Tomás, a través de su interpretación "analógica" del ser. En la medida en que todas las sustancias reciben la existencia de Dios, el ser no les pertenece propiamente sino que lo tienen por analogía con Dios; y lo mismo ocurre con las demás perfecciones.